

UNO

No es frecuente que a una mujer le regalen dos anillos de compromiso el mismo día. Por eso mi veintisiete aniversario fue tan especial.

El primer anillo lucía un espléndido solitario y me lo regaló Mike, el chico con quien llevaba saliendo más de un año. Un verdadero logro.

Mike es el muchacho ideal, ese con el que toda jovencita casadera sueña. O al menos debiera soñar y, si no lo hace ella, seguro que su mamá sí anhela emparentarse con alguien semejante. Corredor de bolsa, o mejor dicho, el hijo del propietario de la agencia, más que un prometedo futuro, él poseía desde la cuna un dorado porvenir: la fortuna de papá y mamá.

Bueno, pero quizá os estéis preguntando por el otro anillo. Pues el otro, ¡sorpresa!, también me exigía un deber, aunque no conyugal. ¿O tal vez sí? En realidad ese segundo anillo me comprometía, pero no con un hombre, sino con la aventura. Con una insólita aventura.

Claro que, cuando lo recibí, no sabía que se trataba de eso, ni siquiera sospechaba quién me lo podía enviar. Y si me hubieran dicho el nombre del remitente, no lo habría creído. Aquel aro de compromiso era el regalo de un muerto.

Tampoco barruntaba entonces que ambos anillos, o mejor dicho, que ambas obligaciones eran incompatibles.

Así que me quedé con las dos joyas, haciéndome a la idea de que habría boda y de que mi apellido iba cambiar a Harding, aunque intrigada con ese otro extraño anillo. Soy muy curiosa y los misterios me ponen frenética. Pero será mejor que cuente cómo ocurrió todo...

Cuando llamaron a la puerta, la fiesta ya estaba en pleno apogeo. Jennifer, con su vestido largo de escote profundo, y Susan, con sus pantalones ajustados de cintura baja, habían empezado a bailar desafiando a la concurrencia masculina. A los chicos, algunos con varias copas encima, se les iban los ojos. ¡Las muy frescas! ¡Cómo les gusta provocar! El caso es que se les juntaron un par de bobos, vaso en mano, y así empezó el bailoteo general.

A mí no me importaba que esas dos hicieran babear a los tíos; en ese momento ya era una mujer comprometida y Mike, mi apuesto novio, me tenía cogida de la cintura y entre risa y trago, trago y risa, nos íbamos besando. Mi mano lucía un hermoso aro con un grueso brillante solitario de muchísimos quilates. Mike me lo había ofrecido unas horas antes, en el lujoso restaurante cercano a mi apartamento de soltera en Manhattan, donde me invitó a almorzar para celebrar mi cumpleaños.

—Hoy elijo yo el postre —dijo.

Y me sirvieron un magnífico *soufflé* de chocolate. A mí me vuelve loca el chocolate y al tercer o cuarto ataque a aquella delicia, la cucharilla tropezó con algo duro.

—La vida es como un *soufflé* de chocolate —Mike imitaba la voz de Tom Hanks en la película *Forrest Gump*—. Nunca sabes lo que te puedes encontrar dentro —creo que avisaba, quizá temía que en mi voraz entusiasmo me lo pudiera tragar.

Y desde la sabrosa negrura un destello me deslumbró. Yo ya confiaba en que uno de aquellos días mi genio de la

bolsa iba a presentarse con una pequeña fortuna en forma de aro con diamante y que me lo ofrecería envuelto en promesas de amor eterno. De amor y riqueza, ya que aceptar era asegurarme un futuro donde el trabajo dejaba de ser necesidad relativa para convertirse en pasatiempo absoluto.

—Feliz cumpleaños, Cristina —dijo muy serio.

—¡Pero si es...! —chillé y me puse a chupar el chocolate para limpiar el anillo.

—¿Quieres casarte conmigo? —él había hincado una rodilla en el suelo. ¡Qué romántico!, pensé.

Los camareros y comensales de las mesas cercanas, alertados por mi exclamación, nos observaban curiosos. Yo me puse seria y disfrutando del *show* miré a mi alrededor; la alfombra persa, la fastuosa araña de cristal que colgaba del techo, los cortinajes... Hice como si pensara. Mike me miraba con ansia.

—¡Claro que sí! —exclamé cuando el suspense llegaba a su clímax. Y levantándome de un salto fui a besarle. Él sonreía feliz y la elegante concurrencia celebró la escena con un aplauso entusiasta.

Pero volvamos a la fiesta...

Con el alboroto de música y conversaciones compitiendo en volumen, no oí que sonaba la campanilla; John y Linda sí, y en lugar de llamarme para que acudiera, decidieron que un tipo tan interesante como aquél debía verlo el público. Así que lo hicieron pasar y me encontré frente a un individuo alto, vestido de motorista, de negro, y que no se había dignado quitarse el casco para entrar en el apartamento.

—¿La señorita Cristina Wilson? —interrogó. Sentí un escalofrío, aquel individuo tenía un aspecto siniestro y parecía haber traído consigo toda la oscuridad de la no-

che exterior. Alguien había bajado la música y todos estaban atentos a las palabras del hombre.

—Soy yo —repuse, y al momento sonreí. ¡Claro, aquel muchacho iba a cantar *cumpleaños feliz!* ¡Y seguramente nos montaría un *striptease* para mostrarnos los músculos prietos que escondía bajo el cuero negro! Un *regalito* sorpresa de alguna de mis amigas, quizá Linda o Jennifer. Sería divertido. El individuo hizo una pausa, abrió la cremallera de su cazadora y cuando yo creía que se la iba a quitar, extrajo un pequeño paquete de un bolsillo interior. Los invitados hacían corro a nuestro alrededor, la faz eufórica y los ojos alcohólicos.

—Esto es para usted —dijo al dármele. Me quedé mirándole expectante. ¿Cuándo empezaba el *show*? Pero en lugar de cantar abrió otra cremallera, y en vez de quitarse los pantalones de cuero, sacó papel y bolígrafo.

—¿Puedo ver algún documento que la identifique? —volvió a preguntar en tono seco.

Aquello me pareció excesivo, pero había que seguir la broma. Así que localicé mi carné de conducir para que lo viera. Él anotó los datos en el impreso con ademán tranquilo. Era un actor consumado, todos estábamos pendientes de sus palabras y movimientos. ¿Comenzaba ya?

—Firme aquí.

—Bueno, ¿empiezas o qué? —le dije una vez estampada mi firma; todo aquel preámbulo era excesivo.

Él me miró de forma extraña y arrancando copia del documento, me la dio, y con un «hasta luego» se fue hacia la puerta.

No me esperaba aquello, e interrogué con la mirada a Mike, que se encogía de hombros sin poder ofrecermé respuesta. Miré el papel que me había dejado, la copia era poco legible y sólo pude ver mi nombre. No había remitente.

—¡Espera! —grité y salí corriendo detrás de él. No

lo pude encontrar en el rellano; había tomado ya el ascensor.

Volví hacia donde estaba Mike, pensativa. Así que no era un actor sorpresa de cumpleaños; era de verdad. Estaba intrigada. ¡Qué tipo tan misterioso! ¿Quién me enviaba aquello?

—¿Abres el regalo o qué? —dijo Ruth.

—¡Queremos ver qué es! —pidió la voz de un chico.

Y me di cuenta de que tenía aquel objeto en mis manos; lo había olvidado por completo a causa del extraño hombre de negro.

Me senté en un sofá y apoyando el paquetito en la mesa de centro de cristal quise quitar el cordel que ataba el envoltorio, sin éxito. Todos me rodeaban preguntando qué sería y quién lo enviaba. Alguien me acercó el cuchillo para el pastel, y al abrirlo me encontré con una cajita de madera oscura con un rudimentario cierre metálico. Se veía vieja.

Y adentro, alojado en una almohadilla de terciopelo verde, había un anillo de oro, con un cristal rojo granate engastado en él. Parecía muy antiguo.

—¡Un anillo! —exclamé. Y probándomelo, vi que, aunque suelto, encajaba en mi dedo medio. Y allí lo dejé, junto a mi aro de prometida que brillaba en el dedo anular.

Todos querían verlo y fue excusa para que se repitiesen los elogios sobre el tamaño del diamante del primer aro.

—Es un rubí —dijo Ruth refiriéndose al otro anillo. Ella es experta en joyas antiguas, trabaja en Sotheby's y tiene buenos conocimientos de gemología.

—Qué aspecto tan raro —comentó Mike.

—Es que antes, hace siglos, no cortaban las piedras como ahora —repuso Ruth—. El tallado era rudimentario y las gemas se pulían en forma redondeada, tal como veis en este rubí.

—¡Qué misterioso! —exclamó Jennifer antes de desentenderse del asunto. Subió el volumen de la música y se puso a bailar. Y al ritmo de su trasero la fiesta recobró la marcha.

Mientras Mike preparaba unos combinados, me puse a observar la caja y el anillo. Y reparé en el justificante de entrega. Estaba allí, sobre la mesa de centro. Repasándolo cuidadosamente pude leer, con apuros porque el calco casi no había marcado el papel: «Barcelona, Spain».

Y el corazón me dio un vuelco.

—¡Barcelona! —exclamé. ¡Eran tantos los recuerdos que ese nombre me traía!

DOS

La torre, herida de fuego, desplomó su masa colosal sobre los infelices de abajo con un rugido estremecedor. La gente huía. Una nube de polvo y ceniza, cual viento de desierto cargado de arena, avanzaba penetrando por las calles, cubriéndolo todo con una capa blancuzca.

Di una vuelta en la cama. ¡Dios, qué angustia! De nuevo volvía el recuerdo de aquella mañana aciaga en la que las más altas torres cayeron...

No pasa nada, me dije, eso ocurrió hace meses; estoy en mi cama. Tranquila, tranquila. Después de mi fiesta de cumpleaños, Mike se había quedado a dormir conmigo y yo notaba su agradable calor junto a mí; respirando pausado, satisfecho, relajado. Acaricié su espalda, ancha, fuerte. Y abrazándole me sosegué. Nuestros cuerpos descansaban desnudos bajo las sábanas; a pesar de lo intenso de la pasión, él había tenido suficientes fuerzas para decirme que me continuaba amando después de amarme, y fue capaz de soltar unos requiebros antes de quedarse dormido como un tronco. Y yo también, rendida por un día tan intenso, fui presa de un sueño dulce, creo, hasta que llegaron esas imágenes de angustia.

Miré el despertador. Eran las cuatro y media de la madrugada del domingo; tenía mucho tiempo para dormir.

Cerré los ojos, ya tranquila, pero me encontré de nue-

vo con la trágica visión del derrumbe, de los escombros, del pánico de las gentes.

El sueño había cambiado. Ya no ocurría en Nueva York. No era el desplome de las Torres Gemelas. Era algo distinto y las imágenes y sonidos de aquello venían a mí sin que yo pudiera evitarlo.

La gente gritaba. El derribo de las torres había abierto una brecha y hombres portando espadas, lanzas y ballestas, protegidos con cascos de hierro, cotas de malla y escudos, se apresuraban, a través de la polvareda, hacia el boquete de la muralla, animándose unos a otros. Se hundieron en la bruma sucia, en el estruendo, y jamás regresaron. Al poco la neblina vomitó una horda de guerreros aulladores. Eran musulmanes y blandían alfanjes sangrientos. Aun con espada al cinto, yo era incapaz de luchar; notaba mis fuerzas huyendo junto a la sangre de mis heridas abiertas. No podía blandir armas, ni siquiera levantar mi brazo, y me afané en busca de protección. Miré mi mano y allí, en ese sueño, con su rojo profundo estaba el anillo de rubí.

Mujeres, niños y viejos, acarreando fardos, algunos con caballerías, otros con cabras y ovejas, corrían hacia el mar. Los chiquillos lloraban aterrorizados y las lágrimas se deslizaban formando canales por sus caritas sucias de polvo. Los mayores seguían a sus madres y éstas llevaban de la mano, o en brazos, a los más pequeños. Al cargar los asaltantes, acuchillando a los fugitivos, llegó el pánico. La turba chillaba, abandonaba sus pertenencias, algunos dejaban a sus hijos, sólo querían escapar. Sin saber adónde. Era terrible. Sentí una gran pena por ellos, pero no les podía socorrer. ¿Qué sería de los niños sin madres? Quizá salvaran la vida como esclavos. Unos grandes portones de madera, reforzados con metal, se iban cerrando. Detrás había protección, pero la tropa,

espada desenvainada, mantenía la multitud a raya; sólo franqueaba la entrada a algunos. Los que se hacinaban fuera empezaron a implorar a voces. Había empujones, llantos, súplicas, insultos. Los guardianes gritaban que se apartaran, que se fueran, que salieran hacia el puerto. Y cuando la muchedumbre amontonada quiso forzar el paso, los de la entrada empezaron a dar tajos a los más cercanos. Pobres infelices, ¡cómo bramaban su dolor y miedo! Se abrió un claro y vi el acceso ya casi cerrado. Me desangraba y temí morir allí, entre el gentío desesperado. Trastabillando me lancé hacia las espadas de los soldados. ¡Debía cruzar esa puerta!

Me incorporé en la cama de un salto. Jadeaba y tenía los ojos llenos de lágrimas. ¡Qué angustia! Más aún que la que sentí cuando el atentado de las Torres Gemelas. El sueño era para mí más real, incluso, que lo ocurrido el 11 de septiembre. No espero que podáis entender eso, pues yo no lo entiendo del todo aún hoy.

Pero una imagen final me quedó grabada. El hombre que mandaba a los sicarios de la puerta vestía de blanco y lucía en su pecho la misma cruz roja que estaba pintada en la pared de la fortaleza. Esa cruz... me recordaba algo.

Me volví hacia Mike en busca de amparo. Ahora estaba boca arriba y continuaba durmiendo feliz, con cara angelical y media sonrisa en la faz. Seguro que sus sueños y los míos eran muy distintos. Yo no podía compartir su paz; esa sortija, no la suya, sino la otra, me tenía inquieta.

Antes dije que estaba desnuda. No del todo. Lucía en mi mano los dos anillos. No estaba habituada a dormir con joyas, pero al acostarme no me quité el aro del puro diamante, símbolo de nuestro amor, de mi promesa, de mi nueva vida. Aún no sé por qué también yacía en la cama con el otro anillo. Ése, el de mi pesadilla. ¿Tanto

me obsesionaba esa sortija para que se me apareciera en ese sueño trágico?

La quise ver mejor y, quitándomela, la puse bajo la lamparilla de noche.

Fue entonces cuando ocurrió y me quedé boquiabierta de sorpresa.

La luz, al incidir en la piedra, engarzada de tal forma que el metal la sujetaba sólo por los lados, proyectaba una cruz roja sobre las sábanas blancas.

Era hermoso, pero inquietante. Era una cruz muy singular; tenía los cuatro brazos iguales, pero se abrían en sus extremos formando dos pequeños arcos, ensanchándose al final.

En aquel momento me di cuenta: ¡era la misma cruz del sueño!, esa del uniforme de los soldados que cargaban contra la multitud, la pintada en la pared de la fortaleza.

Cerré los ojos y respiré hondo. No podía ser, ¿estaría aún soñando? Quise serenarme y apagando la luz, busqué refugio junto a Mike, que, dormido, se había vuelto de espaldas. Le abracé. Eso me serenó algo, pero mis pensamientos continuaban a toda velocidad.

Todo lo referente a aquel anillo era misterioso: la forma en la que había llegado a mí, su aparición en mi sueño, la visión de esa cruz antes de encontrarla también en la sortija...

Me dije que aquella joya tenía una historia que contar, no era un regalo cualquiera, escondía algo...

Y sentí más curiosidad. Y miedo. Algo me decía que aquel inesperado regalo no había llegado a mí por azar, que era un reto del destino, una vida paralela a la que yo vivía y que, como una puerta secreta, se revelaba de repente, abriéndose a mi paso y tentándome a cruzar un umbral oscuro...

Intuía que aquel aro convulsionaría esa vida confortable, previsible, llena de promesas de felicidad que empujaba a vivir. Era una amenaza, una tentación. ¡Maldito anillo! Acababa de llegar y no me dejaba dormir en la que se suponía debía ser una noche feliz.

Encendí de nuevo la luz y puse mi atención en la roja piedra; tenía un fulgor extraño, interior, y formaba una estrella de seis puntas que parecía moverse por debajo de la superficie conforme yo giraba el anillo, de forma que su brillo de lucero siempre estaba frente a mis ojos.

Examiné su parte interior. Tenía una incrustación de marfil en la base, tallada de tal manera que formaba un diseño vacío en el reverso del rubí, haciendo que la luz, al atravesar el cristal, proyectara por atrás aquella hermosa cruz roja de sangre.

Bien, había logrado entender cómo funcionaba físicamente aquella pequeña maravilla, pero mi curiosidad por saber de dónde venía y por qué motivo me la habían mandado aumentaba por momentos.

De pronto, mis ojos se abrieron como platos cuando aquel pensamiento estalló en mi mente:

¡El aro!, el del rojo rubí. ¡Yo lo había visto antes!

Era como una imagen que regresaba de las brumas de los recuerdos de infancia; tuve la convicción, la absoluta seguridad. Lo podía ver en algún lugar de mi pasado, alguien lo estaba luciendo en su mano.

Me revolví inquieta en la cama. Ocurrió cuando era niña, en Barcelona. De eso no tenía dudas. ¿Pero quién lo llevaba?

Meforcé, pero no era capaz de recordar.

Estaba ya segura de que procedía de mi infancia, y quizá de un pasado mucho más remoto, pero ¿quién me la enviaba? ¿Por qué razón? Si le quieres regalar algo a alguien por su cumpleaños no te andas con tantos misterios, te das a conocer. ¿No es cierto?

Y entonces me vino, otra vez, esa pregunta que siempre he querido hacerle a mi madre pero que nunca llegué a formular en voz alta. Era un pequeño enigma, una de esas curiosidades a las que no le das importancia pero que se mantienen zumbando bajito en algún lugar de tu mente y que de pronto un día se convierten en toda una incógnita.

¿Por qué nunca volvimos a la ciudad donde yo nací?

Nos mudamos de Barcelona a Nueva York cuando tenía trece años. Mi padre es de Michigan y fue, durante un montón de años, responsable de la subsidiaria española de una compañía americana. Mi madre es hija única de una «buena» familia de la antigua burguesía catalana. Mis abuelos maternos murieron y todos mis parientes en España son lejanos, no nos tratamos.

Fue en Barcelona donde mis padres se conocieron, sintieron el flechazo, se casaron y nació esta que relata.

Mi padre me ha hablado en inglés toda la vida y yo le llamo Daddy, que quiere decir papá, y él a María del Mar, mi madre, Mary. Pues bien, siempre tuve intención de preguntarle a Mary por qué jamás volvimos, pero ella rehuía el tema. ¿Tendrá algún motivo?, me preguntaba.

Daddy se integró bastante bien en el grupo de amigos de mi madre, le encanta España, pero parece que era ella quien insistía en venirnos a vivir a los Estados Unidos. Y al final ganó en su empeño; le dieron a mi padre un puesto en la central corporativa en Long Island, Nueva York. Y nos mudamos. María del Mar dejó su familia, sus amigos, su ciudad y se fue contenta a América. No regresamos nunca más, ni de visita. Qué extraño, ¿verdad?

Di una vuelta en la cama y miré de nuevo el despertador. Era ya madrugada del domingo, y ese día íbamos a visitar a mis padres en su casa de Long Island para celebrar mi cumpleaños. Pensé que mi madre y yo teníamos mucho de que hablar. Si ella quería, claro.